

Decid á vuestros conciudadanos que las circunstancias son graves; que con la unión, la energía y la perseverancia saldremos victoriosos de esta lucha de un gran pueblo contra sus opresores; que las generaciones venideras examinarán severamente nuestra conducta, y que cuando una nación ha perdido su independencia, ya no le queda nada que perder. Decidles que los reyes extranjeros que yo he elevado al trono, ó que me deben la conservación de su corona, que todos los que en el tiempo de mi prosperidad han mendigado mi alianza y la protección del pueblo francés, dirigen hoy sus golpes contra mí. Si yo no viera que es la patria la que inspira su encono, pondría á merced de ellos mi existencia contra la que se muestran tan encarnizados; pero decid también á los ciudadanos que mientras los franceses conserven los sentimientos de amor de que tantas pruebas me dan, la furia de nuestros enemigos será impotente.

»Franceses: mi voluntad es la del pueblo, mis derechos los suyos; mi honor, mi gloria, mi felicidad, no pueden ser otros que el honor, la gloria y la felicidad de la Francia.»

Este discurso excitó las más vivas aclamaciones. El arzobispo de Bourges, que llenaba las funciones de gran limosnero, presentó el libro de los Evangelios á Napoleón, y éste, con la mano extendida sobre el libro, juro las Constituciones del imperio. El príncipe archicanciller respondió á este juramento jurando á su vez el primero guardar fidelidad. *¡Todos lo juramos!*, exclamaron á un tiempo millares de voces. Entonces resonaron los más calurosos aplausos, y con las repetidas aclamaciones de *¡Viva el emperador!* se confundieron algunos gritos de *¡Viva la emperatriz!* Este último grito, que no tuvo éxito, produjo una especie de embarazo: con efecto, no se sabía si debería ser repetido hallándose ausente la que hubiera debido correr con su hijo al lado de su esposo, y que no lo había hecho por falta de valor y hasta de voluntad. Este penoso silencio de algunos instantes fué inmediatamente interrumpido por las diputaciones militares, que blandiendo su espada gritaron: *¡Viva la emperatriz!* *¡Viva el rey de Roma!* *¡Nosotros iremos á buscarlos!*

Terminada esta parte de la ceremonia, se levantó Napoleón, dejó el manto imperial, y atravesando el recinto semicircular, fué á colocarse en la plataforma, en donde debía distribuir las banderas.

El espectáculo fué en aquel momento magnífico, porque la grandeza del sentimiento moral igualaba á la majestad del sitio en que pasaba la escena. El ministro del Interior con la bandera de la milicia nacional de París, el de la Guerra con la bandera del primer regimiento del ejército, y el de Marina con la bandera del primer cuerpo de la armada, se hallaban de pie al lado del emperador. En los numerosos tramos de la escalera que ponía en comunicación el recinto con el Campo de Mayo estaban en un lado los oficiales con las banderas de las milicias nacionales y del ejército, y en el otro las diputaciones encargadas de recibir las. Enfrente había colocados en muchas filas cincuenta mil hombres y cien piezas de artillería; por último, en la vasta extensión del Campo de Mayo se hallaba casi todo París.

Adelantándose Napoleón hasta la meseta de las gra-

das, y teniendo en la parte inferior al alcance de su voz á los destacamentos de los diversos cuerpos, les dijo apoderándose de una bandera: «Soldados de la milicia nacional y de la guardia imperial, os confío el águila con los colores nacionales, ¡juráis perecer, si es necesario, por defenderla contra los enemigos de la patria y del trono?..—¡Sí, sí, lo juramos!, respondieron millares de voces.—Y vosotros, añadió Napoleón, vosotros, soldados de la milicia nacional, ¡juráis no sufrir nunca que el extranjero pise de nuevo la capital de la gran nación?—¡Sí, sí, lo juramos!, respondieron los nacionales parisienses con buena fe y decididos á cumplir su promesa.—Y vosotros, soldados de la guardia imperial, ¡juráis sobresalir en la campaña que va á empezarse y morir antes que consentir al extranjero que vuelva á dictar leyes á la patria?—¡Sí, sí!,» contestaron entusiasmados los soldados de la guardia, que no debían tardar en cumplir en los campos de Waterloo su promesa, no de vencer, sino ¡ay! la de morir! Después de estas breves alocuciones, acogidas con transporte, las diputaciones del ejército formadas en filas muy cerradas acudieron á recibir sus banderas. Animado Napoleón con esta escena y recordando los numerosos encuentros en que aquellos diversos regimientos se habían distinguido, les dirigió palabras llenas de oportunidad, que acabaron de electrizarlos. La escena, aunque larga, conmovió vivamente á los espectadores. Como avanzaba el día, y faltaba tiempo para distribuir las banderas de los milicianos nacionales á los diputados de los colegios electorales, esta parte de la ceremonia fué aplazada para los días siguientes. Las tropas desfilaron en seguida á paso acelerado, en medio del sonido de los clarines y de los gritos de *¡Viva el emperador!* repetidos con entusiasmo por el ejército y por la milicia nacional, que no tardó en entusiasmarse y ceder al impulso universal.

Mientras que esta parte de la ceremonia, que pareció magnífica á todos los que asistieron á ella, se realizaba á vista del Campo de Mayo, en el recinto donde estaban reunidos los cuerpos del Estado, y desde donde no se descubría lo bastante el espectáculo para que pudiera impresionar, detrás de Napoleón, decimos, reinaban las inquietudes, la división de opiniones y las profundas preocupaciones. Los liberales con tendencias al republicanismo encontraban mucha semejanza con el antiguo imperio en lo que veían; sus contradictores, más alarmistas que alarmados, hallaban en lo mismo mucha semejanza con la revolución; la mayor parte de los electores, que habían acudido á París llenos de buena fe, hubieran querido estar más cerca de él y menos separados de su persona por la pompa de una gran ceremonia. Así pues, mientras que delante de este recinto transportaba los corazones el sentimiento nacional, detrás de él la justa inquietud de las circunstancias los entristecía y los dividía. Aquello no era la confederación de 1790 en la que la nación era ignorante, entusiasta y estaba unida; entonces, al día siguiente, como quien dice, de una revolución, se hallaba instruida, desengañada, hundida bajo el peso de las faltas que había cometido, casi desesperada y no conservando de los sentimientos de 1789 más que una heroica bravura adquirida en veinticinco años de guerra. Mr. Fouché, contribuyendo imprudentemente á las divisiones por cuyo influjo no debía tardar en sucumbir, se atrevió,

en los intervalos de aquella larga representación, á decir en voz baja á la reina Hortensia: «El emperador ha perdido una magnífica ocasión de completar su gloria y de asegurar el trono de su hijo, abdicando... Yo le he aconsejado que lo hiciera, pero no quiere escuchar ningún consejo...» Semejantes palabras no eran á propósito para inclinar todos los ánimos á una común resolución de defender la Francia y la libertad bajo la dirección de Napoleón, dirección que era preciso aceptar, puesto que le habían deseado ó consentido su vuelta, siendo por otra parte la guerra lo mejor que podía desearse.

Queriendo terminar la distribución de las banderas, volver á ver á los electores y acercarlos á su persona, Napoleón decidió reunirlos en la gran galería del Louvre, donde colocados en dos hileras podían caber con las diputaciones del ejército. Eligió el domingo siguiente, 4 de junio, para esta segunda ceremonia, y fijó la apertura de las cámaras para el lunes 5 ó el martes 6, según el tiempo que necesitaran para constituirse. Se proponía partir á ponerse al frente del ejército el lunes siguiente, 12 de junio, y quería dejarlas instaladas y habiendo comenzado sus tareas antes de ir á los campos de Flan-des á decidir su suerte y la de la Francia. Mientras que en torno suyo estaban divididas las opiniones, puesto que unos pensaban que no debían romperse las hostilidades, sino esperar al enemigo entre la frontera y la capital para dejarle lo odioso de la agresión, otros más cuidadosos de las consideraciones militares que de las consideraciones políticas, y sabiendo que los ingleses estaban solos en la frontera, querían que las tropas cayesen bruscamente sobre ellos para anonadarlos. Napoleón dejaba hablar, rara vez respondía cuando le preguntaban acerca de este asunto, á fin de no descubrir sus designios; observaba la marcha de las masas enemigas, y calculaba con exactitud el punto en el que debería interponerse entre ellas para atacarlas antes de su reunión. En su concepto, este paso podría darlo el 15 de junio, y esperaba contar en este día con las fuerzas que le eran indispensables para operar eficazmente. Apremiándole el conde de Lobau para que comenzara las operaciones: «Esperad le dijo, á que tenga al menos cien mil hombres y veréis entonces cómo los utilizo.» Todo hacía creer que tendría á su disposición ciento cincuenta mil á mediados de junio, y estando fijada su partida para el 12, quiso Napoleón, antes de abandonar á París, arreglar con las cámaras la marcha que deberían seguir los negocios.

Las convocó por medio de un decreto para el sábado 3 de junio, á fin de que la de los representantes pudiese emplear los días 3, 4 y 5 de junio en ratificar los poderes de sus miembros, en elegir su presidente, sus vicepresidentes y secretarios, en constituirse antes de la sesión imperial, porque en aquella época la constitución de las cámaras precedía á la ceremonia en la que el soberano iba en persona á inaugurar sus sesiones. Napoleón tenía más de un motivo particular para obrar con ellas de este modo. Quería, como hemos dicho, que su hermano Luciano fuera presidente de la cámara de los representantes, y con este fin hizo que fuera elegido por el departamento del Isere, para lo cual no halló ninguna dificultad. Deseaba, pues, aguardar el resultado del escrutinio en la cámara de los represen-

tantes antes de publicar la lista de los pares, en la cual no podía menos de incluir al príncipe Luciano, si por acaso no obtenía éste la presidencia de la segunda cámara.

Sin embargo, el proyecto de Napoleón era de muy difícil ejecución. Los miembros de la cámara de los representantes, en su mayor parte, como hemos dicho, antiguos magistrados militares, poseedores de bienes nacionales, revolucionarios honrados, se hallaban animados por las más excelentes disposiciones, y todos con el doble deseo de sostener á Napoleón y de someterle al régimen constitucional. El Acta adicional los había disgustado, no porque hubieran deseado insertar en ella artículos distintos de los que contenía, sino porque relacionaba demasiado el segundo imperio con el primero, y porque no les dejaba casi nada que hacer. Con todo, la idea de que reorganizarían las Constituciones imperiales para adaptarlas al Acta adicional, de enmendar en caso de necesidad esta última, parecía admitida por el emperador, según resultaba de su discurso en el Campo de Mayo; y estando satisfechos en los puntos esenciales, no tenían ningún motivo formal para hacer oposición al gobierno. Pero, sin embargo, como habían sido elegidos bajo la influencia de un sentimiento general de desconfianza respecto del antiguo despotismo imperial, se hallaban singularmente preocupados con la idea de presentarse al público independientes. Todos los poderes, hombres ó asambleas, tienen sus debilidades: la cámara de los representantes adolecía de una, el temor de parecer servil. Estaban, pues, decididos á usar con Napoleón el lenguaje de los tribunales, sin abrigar sus sentimientos; mientras que hubieran debido, por el contrario, hallándose dispuestos á resistirle si volvía á manifestar sus antiguos hábitos, unirse á él para salvar á un tiempo la Francia y los principios de la revolución. En este estado de susceptibilidad la cámara de los representantes se hallaba muy poco dispuesta á nombrar presidente al príncipe Luciano: hubiera creído comprometerse desde el principio tomando con tanta precipitación los colores imperiales. A esta debilidad unían sus miembros la inexperiencia de provincianos recién llegados, que no conocían ni á París ni á los hombres, ni tenían práctica de las asambleas. Pero al rechazar á Luciano porque era hermano del emperador no sabían á quién elegir. Algunos partidarios de una libertad parecida á la libertad republicana hubieran aceptado con gusto á Mr. de Lafayette, quien, aunque estaba satisfecho del Acta adicional, no ocultaba el deseo que tenía de vivir alejado de Napoleón: los revolucionarios le acusaban de tener aún un resto de interés por la casa de Borbón. Era, pues, demasiado revolucionario para unos, no lo era bastante para otros, y por esta causa no parecía probable que reuniera la mayoría de los sufragios. Mr. Lanjuinais, señalado en la Convención por la resistencia que opuso á la Montaña, y bajo el Imperio por su resistencia al emperador, respondía al doble pensamiento que dominaba entonces. No era un obstáculo que hubiese admitido la pairía de Luis XVIII; con esto indicarían que no eran exclusivos, y que aceptaban á los amigos de la libertad de dondequiera que viniesen. Mr. Lanjuinais tenía, por consiguiente, numerosas probabilidades de ser elegido presidente de la cámara de representantes.

El inconveniente, ya lo hemos dicho, de la libertad concedida demasiado tarde consiste en que se hace casi siempre su difícil ensayo en circunstancias peligrosas: el poder tiene miedo de ella, ó ella le tiene del poder, y una y otro combaten en vez de unirse para la salvación común. El gobierno, con tan poca experiencia como la asamblea, no discernía claramente las disposiciones de ésta, y cometía la torpeza de desear una cosa imposible al querer que nombrara presidente al príncipe Luciano, mientras que hubiera sido mejor para él renunciar á este deseo y no poner obstáculos á la candidatura de Mr. Lanjuinais, que en nada podía ofenderle ni lastimarle.

La cámara de los representantes, convocada el sábado 3 para constituirse, decretó un reglamento provisional, se dividió en comisiones para ratificar los poderes, y declaró definitivamente admitidos en su seno á aquellos cuya elección no presentase la menor dificultad. Sin ninguna malevolencia la comisión encargada de examinar las elecciones del Isere hizo la observación natural de que el príncipe Luciano, nombrado representante, sería probablemente elevado á la categoría de par, y que necesitaba saberse esto antes de admitirle ó de admitir á su suplente Mr. Duchesne. La asamblea retardó su admisión como la de todos los que daban motivo á algunas objeciones, y la aplazó para después de la publicación oficial de la lista de los pares. En el primer momento, no se tuvo mala intención al suscitar esta dificultad; pero no tardó la malicia en levantarse, y unos y otros se dijeron al oído que Napoleón deseaba que su hermano Luciano fuera nombrado presidente, que por este motivo no publicaba la lista de los nuevos pares; y á éstas siguieron otras muchas observaciones malévolas. Un miembro dijo que la cámara debía proceder, al día siguiente, á la elección de la mesa, y que era necesario tener conocimiento de la lista de los pares para que los votos no se perdiesen aplicándolos á personas que estuvieran llamadas á la paría; pero el gobierno no respondió nada acerca de este particular, porque no había organizado nada para la dirección de la asamblea, y se quedó todo en una indecisión que, sin provocar todavía el disgusto, no debía tardar en originarlo. Sin embargo, se convino en que al día siguiente 4 celebrase la cámara sesión en el cuerpo legislativo, aunque tenía que asistir á la ceremonia del Louvre, para apresurar tanto como fuera posible su constitución.

El domingo 4 de junio, mientras que las diputaciones que habían concurrido al Campo de Mayo se reunían en el Louvre, los representantes acudieron al palacio del cuerpo legislativo para continuar sus trabajos. Desde el principio de la sesión se ocuparon de la cuestión suscitada la víspera, y entonces, comenzando á mezclarse con ella la malicia, se preguntó de nuevo cómo debería ser considerada la elección del príncipe Luciano. Un miembro quería que se aplazase esta elección, fundándose en que, siendo par de derecho el príncipe Luciano, no podía ser representante. La asamblea, inclinada á la independencia, pero no á la hostilidad, se mostró importunada con esta dificultad y rechazó la indicada manera de motivar el aplazamiento. En esta situación, recibió una carta del ministro del Interior Carnot, dirigida al presidente provisional, declarando que la lista de los nuevos pares no sería definitivamente publicada hasta después de la constitución de la cámara

de los representantes. Esto era una prueba de la falta de conocimiento que se tenía en las asambleas, porque no debía el gobierno tratar á la de los representantes de una manera tan absoluta. Como era natural, se notó en ella una expresión de disgusto. Mr. Dupín, uno de sus miembros, exclamó: «Si declaramos á nuestra vez que no nos constituiremos hasta después de haber sabido los nombres de los pares, ¿qué nos podrán decir?..» Esta fundada observación, que sobrepujaba al disgusto de la cámara, fué acogida con murmullos de desaprobación, y se procedió al escrutinio para la elección de un presidente sin resolver nada acerca de las elecciones del Isere. El nombre del príncipe Luciano se hallaba, por decirlo así, excluído de hecho, toda vez que se había aplazado su admisión. Por lo demás, no obtuvo ningún sufragio, y los votos se repartieron todos entre Mr. Lanjuinais, Mr. de Lafayette, Mr. de Flaugergues y algunos otros candidatos. Mr. Lanjuinais tuvo 189, Mr. de Lafayette 68, Mr. de Flaugergues 74, Mr. Merlin 41, y Mr. Dupont de l'Eure 29. Estos totales revelaban suficientemente las disposiciones de la Asamblea.

Quería justificar su independencia y se inclinaba visiblemente en favor del hombre que más la representaba, porque Mr. Lanjuinais había sido uno de los opositores del antiguo senado sin ser un enemigo declarado del emperador. Sin embargo, como que Mr. Lanjuinais, á pesar de haber obtenido mayor número de votos, no había alcanzado la mayoría absoluta, se empezó de nuevo el escrutinio, y entonces Mr. Lanjuinais reunió 227 votos, Mr. de Lafayette 73 y Mr. de Flaugergues 58. Mr. Lanjuinais fué, pues, nombrado presidente, salva la aprobación del emperador que, según el Acta adicional, era de todo punto necesaria.

Mientras que se ocupaban en hacer estos escrutinios en el cuerpo legislativo, se verificaba en el Louvre la segunda ceremonia de la distribución de las banderas. Después de haber recibido el emperador desde su trono á algunas diputaciones que tenían que entregarle mensajes, se dirigió á la galería del Louvre, donde se hallan expuestas las obras maestras de pintura que nuestros reyes han reunido en muchos siglos para la satisfacción, la instrucción y el honor de la Francia. A un lado se hallaban las diputaciones de los colegios electorales con los estandartes destinados á las milicias nacionales, y en el otro las diputaciones del ejército. Aquella galería, la más vasta de Europa, toda llena de gloriosas banderas y conteniendo diez mil personas, ofrecía una perspectiva profunda, de un efecto tan grande como singular. La nueva ceremonia estaba dedicada principalmente á los miembros de los colegios electorales: Napoleón, á quien tenían la satisfacción de ver y oír, habló á todos con su oportunidad acostumbrada, y los dejó generalmente satisfechos. Al déspota oriental substituyó en su imaginación el gran hombre, sencillo, accesible y dispuesto á escuchar la voz de sus súbditos. Al llegar al vasto salón cuadrado en donde termina la galería, se volvió Napoleón, dirigió sus miradas á las diputaciones del ejército, las electrizó de nuevo con su presencia y sus palabras, y las dijo que no tardarían en verse donde se habían visto en otro tiempo, donde habían aprendido á estimarse, es decir, en los campos de batalla, á los que entonces no les llamaba el ansia de hacer conquistas, sino la independencia sagrada de la patria. Esta

ceremonia empezó al mediodía y concluyó á las siete de la tarde. Después se celebró una magnífica fiesta en el jardín de las Tullerías.

Apenas terminó el día, tuvo Napoleón que ocuparse en el examen de los escrutinios de la cámara de los representantes para formar una opinión acerca de este particular. Su primera impresión fué un extremado descontento. Menos le hubiera herido una divergencia sobre las cuestiones más graves que aquella premura en separarse de él, rechazando á su hermano para aceptar á un hombre muy respetable seguramente, pero que había sido uno de los opositores del senado durante el primer imperio. Hallándose en presencia de la Europa, que se esforzaba en dirigirle todos sus golpes, pensaba que hubiera sido más generoso y más hábil unirse á él fuertemente; pero, preciso es repetirlo sin cesar en esta historia para instrucción de todos, la consecuencia de las faltas que se cometen es soportar el castigo en el momento en que este castigo es más cruel. Después de haber aceptado, estimulado y exigido durante quince años un servilismo sin límites, Napoleón no podía ni siquiera conseguir para sí que le guardaran unos miramientos, que entonces, sea dicho de paso, hubieran tenido el doble mérito del valor y de una hábil demostración con el enemigo extranjero.

Habiéndose contenido durante dos meses y medio, no pudo contenerse más, y demostró la más viva irritación. «Se ha querido ofenderme, dijo, nombrando á un enemigo mío; en premio de todas las concesiones que he hecho, quieren insultarme y empequeñecerme... Pues bien, si es así, yo opondré resistencia, disolveré la Asamblea y llamaré á la Francia que no conoce á nadie más que á mí, que para su defensa no tiene confianza en nadie más que en mí, y que no se cuida para nada de esos desconocidos que todos juntos no pueden hacer nada por ella. Esos hombres, añadió, que no quieren á los Borbones, que hubieran temido con ellos perder sus empleos, sus bienes; que hubieran temido por sus opiniones sólo al verlos llegar, no saben ni siquiera reunirse á mí que soy el único que puede garantizarles contra todo lo que temen, porque sólo á cañonazos es como puede defenderse ya la revolución; y ¿cuál de entre ellos es capaz de disparar un solo cañonazo?..»

Esta primera explosión no hubiera proporcionado grandes inconvenientes, y hasta hubiera tenido la ventaja de calmar á Napoleón al desahogar los sentimientos que llenaban su corazón, si no hubiera sido divulgada y exagerada por la perfidia del duque de Otranto, que comenzó á decir en todas partes que Napoleón era incorregible, y que quería disolver las cámaras al día siguiente de su reunión. Sin embargo, Napoleón después del primer ímpetu se apaciguó. Carnot, el príncipe archicanciller, Mr. de Lavallette y Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely se esforzaron en hacerle comprender la razón, lo que consiguieron sin gran trabajo, porque, pasada la cólera, su inteligencia superior le dió á conocer cuanto podían decirle los hombres más prudentes y más sabios. Comprendió que un rompimiento sería entonces una locura, y que necesitaba dispensar algo á la debilidad de la asamblea, la que abrigaba la pretensión de parecer indómita siendo profundamente adicta. Por otra parte, Mr. Lanjuinais era un hombre honrado, amigo de la revolución tanto como enemigo de sus excesos,

deseoso del triunfo de la causa común, y fácil de manejar tratándole con los debidos miramientos. El hombre que habló más viva y más útilmente en este sentido fué Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely. Este personaje estaba por sus antecedentes y su brillante y fácil palabra más llamado que nunca á ser cerca de las cámaras uno de los órganos del gobierno; y con este motivo quería congratularse en ellas apoyando sus deseos en presencia del emperador. Además, aunque sinceramente adicto á Napoleón, se hallaba bajo la influencia de Mr. Fouché, quien viéndole destinado á representar un papel importante en el seno de las cámaras, y muy lisonjeado con esta misión, le estimulaba á aceptarla, le facilitaba los medios de conseguir sus fines, y procuraba persuadirle de que oponer resistencia á Napoleón era salvarle: ¡verdad demasiado real algunos años antes, y que comprendida y practicada á tiempo hubiera salvado á Napoleón y á la Francia, pero que era tardía en 1815, y podía hasta llegar á ser funesta en presencia de la Europa armada! Por lo demás, al aconsejar á Napoleón que aceptase á Mr. Lanjuinais, le daba Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely un consejo muy sabio, porque cualquiera otra elección hubiera sido en aquellas circunstancias inconveniente é imposible.

Mientras que procuraban convencer á Napoleón, se mandó á llamar á Mr. Lanjuinais; le dijeron, lo que era verdad, que debía ver al emperador, explicarle su larga oposición en el senado y tranquilizarle con respecto al uso que haría del inmenso poder de la presidencia. Monsieur Lanjuinais acudió en la misma noche al Eliseo y fué recibido inmediatamente. Napoleón le acogió con mucha amabilidad, pero le habló con extremada franqueza. «Nada importa el pasado, le dijo, no tengo la debilidad de acordarme de él; yo no me ocupo más que del carácter de los hombres y de sus disposiciones presentes. ¿Sois mi amigo ó mi enemigo?» Mr. Lanjuinais, admirado de la franqueza de Napoleón al hacerle esta pregunta, le respondió que no era su enemigo, que veía en él la causa de la revolución, y que le sostendría francamente con tal de que observara las condiciones de la monarquía constitucional. «Entonces, estamos de acuerdo, repuso Napoleón, y nada más os pido.» Terminada la entrevista de la manera más amigable, se decidió Napoleón á confirmar la elección de la cámara.

Con todo, el rumor de su primera resistencia se divulgó. Mr. Fouché no la dejó ignorar á nadie, y había ya repetido en todas partes que Napoleón era siempre el mismo, que no podía sufrir ninguna dependencia, y que sólo un gran milagro haría que la cámara no fuese disuelta al cabo de pocos días. Al siguiente, lunes 5, cuando los representantes se hallaban reunidos para terminar su constitución, circulaba entre ellos el rumor de lo que había pasado, y como aún ignoraban el resultado de la entrevista de Napoleón con Mr. Lanjuinais, estaban todos muy descontentos. El presidente de antigüedad manifestó que el día anterior había comunicado al emperador la votación de la cámara, y que el emperador se había limitado á responder que daría á conocer su resolución por conducto del chambelán de servicio. Al oír este último detalle, resonaron murmullos en los bancos. Un diputado observó con razón que no era por conducto de un chambelán por el que debían entenderse las cámaras con el monarca. Mr. Dumolard y

después de él Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely procuraron explicar la respuesta del emperador diciendo que sus palabras habían sido mal interpretadas por el presidente de antigüedad, explicación que éste aceptó con gusto para reparar el desacuerdo que había cometido refiriendo un detalle que hubiera debido callar. Mientras que se razonaba sobre esta cuestión y que para disminuir la dificultad se suspendía la sesión, Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely fué al Eliseo y volvió con el decreto que nombraba presidente á Mr. Lanjuinais, presentándole en su calidad de ministro de Estado, lo que hacía desaparecer toda susceptibilidad. La aprobación de la elección de Mr. Lanjuinais calmó el descontento de la cámara, y procedió á nombrar sus vicepresidentes, eligiendo á Mr. de Flaugergues por 403 votos, á Mr. Dupont de l'Eure por 279 y á Mr. de Lafayette por 257. El cuarto vicepresidente quedó por nombrar, y al siguiente día fué elegido para este cargo el general Grenier.

Al mismo tiempo que llegaba á la cámara de los representantes el nombramiento definitivo de su presidente, recibía la de los pares la lista de los miembros que debían componerla. Napoleón pidió á sus hermanos y principales ministros una lista de pares formada según las miras de cada uno de ellos; y comparando estas listas formó una de ciento treinta que podía y debía ser completada más tarde á medida que el triunfo conquistara nuevos adictos, particularmente entre la antigua nobleza. Mr. de Lafayette, vivamente apremiado por José para que aceptara la pairía, prefirió tomar asiento en la cámara de los representantes, donde debía encontrar más conformidad de opinión y una influencia más directa sobre los sucesos. Napoleón nombró pares desde luego á sus hermanos José, Luciano, Luis y Jerónimo (los cuales eran por lo demás pares de hecho), á su tío el cardenal Fesch, á su hijo adoptivo el príncipe Eugenio (detenido en Viena por la coalición), á los mariscales Davout, Suchet, Ney, Brune, Moncey, Soult, Lefebvre, Grouchy, Jourdan, Mortier; á los ministros Carnot, Decrès, de Basano, Caulaincourt, Mollién, Fouché; al cardenal Cambaceres, á los arzobispos de Tours (de Barral), de Bourges (de Beaumont), de Tolosa (Primat); á los generales Bertrand, Drouot, Belliard, Clausel, Savary, Duhesme, de Erlón, Exelmans, Friant, Flahault, Gérard, Lobau, La Bedoyere, Delaborde, Lecourbe, Lallemand, Lefebvre Desnoettes, Molitor, Pajol, Rampion, Reille, Travot, Vandamme, etc. Eligió á algunos regicidas, Sieyes, Cambaceres, Carnot, Fouché, Thibaudeau, no como regicidas, sino como personajes eminentes, á los que su calidad de regicidas no debía excluir de las altas funciones públicas. También escogió entre la nobleza á algunos personajes, tales como Mr. de Beauvau, Mr. de Beaufremont, Mr. de Bossy, Mr. de Forbin, Mr. de la Rochefoucauld, Mr. de Nicolai, Mr. de Praslin, Mr. de Segur, etc. Si no nombró más fué porque no era mayor el número de los que podía elegir, y contaba con que sus primeras victorias le conquistarían la adhesión de otros muchos. De todos modos no era la afición que le achacaban á los antiguos nombres la que le guiaba en sus deseos, sino la utilidad bien entendida de colocarlos en la alta cámara, que estaba llamada á ser á un tiempo conservadora é independiente.

El príncipe José se mostró disgustado al oír el texto del decreto que le nombraba par, porque pretendía serlo de derecho; y á pesar de los esfuerzos que se hicieron para que callara, reclamó diciendo que quizás por un error en la redacción era por lo que se le nombraba en el decreto, puesto que debía el título de par á su nacimiento y no en modo alguno al nombramiento imperial. En la situación en que se hallaban, era una gran imprudencia de parte de los hermanos del emperador que no pudieran contenerse ellos mismos. Con efecto, ¿qué podrían objetar á todos los que deseaban hablar fuera de tiempo si los hermanos de Napoleón no podían abstenerse de hacer una reclamación tan pueril? También cometieron otra torpeza, no menos notada que la precedente, al no querer sentarse al lado de sus colegas, y al exigir asientos particulares al lado del presidente. Pero apercibiéndose del mal efecto que causó su pretensión, renunciaron á ella, y el príncipe Luciano fué el primero que dió buen ejemplo yendo á confundirse con sus colegas en los bancos que éstos ocupaban.

Las citadas operaciones ocuparon los días 5 y 6 de junio, y fué preciso trasladar la sesión imperial al miércoles 7. Esta sesión debía consistir en la lectura del discurso de la corona, y en la ceremonia de prestar juramento al emperador los pares y los representantes. Napoleón, según su costumbre, escribió el discurso que debía pronunciar, y lo redactó con el estilo claro, franco y vigoroso propio de un talento como el suyo, siempre resuelto en todas las cosas. Había querido otorgar la monarquía constitucional, no por el gusto de ligarse las manos, sino por la convicción que tenía de que era necesaria é indispensable á causa de sus propias faltas. Tomó, pues, el partido de explicarse sobre este particular en términos breves, pero decisivos. Sabiendo además que los representantes sentían hallar una Constitución completamente hecha y no hecha por ellos, consintió en reconocer el derecho que tenían de ocuparse en el arreglo de las leyes constitucionales coordinando las antiguas Constituciones con la nueva. Quiso añadir á estas concesiones algunos consejos, dados en el mismo tono que las concesiones, es decir, con una extremada firmeza; y después de tratar estos puntos principales, todavía le quedaban por abordar otros no menos importantes. Sin querer adoptar la persecución, Napoleón estaba muy resuelto á no dejarse atacar impunemente por los partidos enemigos. Hubiera deseado que se hubiese evitado la insurrección de la Vendée, y respecto de este particular se hallaba en desacuerdo con sus ministros. Estos últimos, sin dejar de juzgar indispensable la represión de ciertos trastornos, temían, al recurrir á leyes anteriores, dar fundamento á los que los acusaban de sostener las antiguas leyes revolucionarias. Era preciso resolver la dificultad y dictar medidas que, sin retroceder al sistema arbitrario, contuviesen en cierto modo la audaz actividad de los partidos. La prensa estaba libertada de la censura, pero nunca tanto como entonces era más necesario y legítimo poner algunos límites á sus excesos por medio de la intervención regular de los tribunales. Últimamente, era preciso dar cuenta del presupuesto.

Estas eran bastantes y regulares ocupaciones para las cámaras, y Napoleón se esmeró en trazarlas el plan de sus trabajos en un discurso claro y preciso, que obtuvo

el asentimiento unánime de sus ministros, cuando les comunicó su contenido.

En tanto que él, por su parte, se preparaba á hablar á las dos cámaras, la de los representantes, como sucede á las asambleas novicias, estaba impaciente por ocuparse de las cuestiones más delicadas. El martes 6 de junio, víspera de la sesión imperial, un representante hizo una moción relativa al juramento que deberían prestar al día siguiente. Propuso declarar que no se podía exigir juramento sino en virtud de una ley, y que en todo caso el que deberían prestar al día siguiente no perjudicaría en nada al derecho que las cámaras tenían de revisar las Constituciones imperiales.

Esta proposición produjo una emoción vivísima. Si hubiese sido comprendida en su más riguroso sentido, hubiera sido preciso deducir de ella que el juramento exigido era ilegal, y que en este caso no le prestarían, á menos de que en el mismo día se promulgase una ley para autorizarle. De todos modos, aunque esta ley se redactase inmediatamente, no era probable que pudiera ser en veinticuatro horas adoptada por las dos cámaras, y en este caso, siendo imposible que se prestase el juramento al día siguiente, aparecería á los ojos de los partidos y de la Europa que las cámaras se habían negado á jurar fidelidad á Napoleón.

En un instante en el que quinientos mil soldados avanzaban contra la Francia, ese efecto hubiera podido ser muy lamentable.

La asamblea, que en medio de su susceptibilidad comprendía que después de haber restablecido á Napoleón en el trono era de todo punto necesario no debilitar sus fuerzas en lo más mínimo, acogió con una visible ansiedad la proposición indicada. Muchos representantes se apresuraron á combatirla, y dijeron que los senadoconsultos anteriores habían prescrito el juramento al emperador; que, por este motivo, era legal toda vez que no habían sido abolidos los senadoconsultos que invocaban; y que por lo demás, era sabido que el juramento no imponía más que la obligación de guardar fidelidad á la dinastía imperial, y de ningún modo la de considerar como inmutables las leyes cuya revisión era una cosa convenida, según el mismo discurso que el emperador había pronunciado en el Campo de Mayo. Monsieur Roy, después ministro de Hacienda de Luis XVIII y de Carlos X, con el que Napoleón había estado severo, respondió que siendo todo nuevo en el segundo imperio, y no asemejándose la cámara de los pares al senado, ni la cámara de los representantes al cuerpo legislativo, el senadoconsulto que se invocaba debía ser considerado como caído en desuso, y no podía bastar para dar un carácter de legalidad al juramento exigido de las dos cámaras. Comprendiendo la asamblea la gravedad de esta discusión, manifestó su descontento. Mr. Dumolard, Mr. Bedoch y Mr. Sebastiani replicaron vivamente á Mr. Roy, diciéndole que si las atribuciones de la cámara de los pares y la de los representantes se diferenciaban de las del senado y el cuerpo legislativo, el monarca quedaba, y le debían guardar fidelidad lo mismo bajo el nuevo régimen que bajo el antiguo; que además, en las circunstancias en que se hallaban, siendo la unión de los poderes la condición de la salvación común, las conveniencias del momento se reunían á las conveniencias generales para inclinarlos á apresurarse á

prestar el juramento deseado. Mr. Boulay de la Meurthe, ministro de Estado, fué aún más allá señalando á un partido que calificó de partido del extranjero, en el cual, según dijo, no incluía al autor de la proposición ni á ninguno de los que la apoyaban, pero á cuyo frente colocaba sobre todos á los realistas, y cuyo deseo consistía, según sus creencias, en dividir los poderes para abrir al enemigo las puertas de la Francia. Esta opinión, demasiado exagerada, fué acogida con un silencio de incomodidad y hasta de desaprobación; acto continuo se pidió desde todos los bancos que se pusiese término á aquel debate. Al principio se limitaron á reclamar la orden del día respecto de la proposición; pero no tardaron en querer algo más significativo, y se substituyó á la orden del día pura y simplemente la declaración explícita de la legalidad, de la conveniencia y de la necesidad del juramento. Bien fuese porque los opositores se hallaban ausentes ó porque se convencieron de que debían adoptar esta declaración, lo cierto es que la asamblea la adoptó por unanimidad.

En un país acostumbrado desde muy larga fecha á la libertad, y en el que se hubiese tomado el hábito de no dar importancia más que á los actos de la mayoría, y no á los de los particulares, á los que debe dejarse libres porque de este modo pierden toda influencia perniciosa; en un país así, repetimos, no hubiera producido mucha sensación una sesión como la que acabamos de bosquejar.

Pero los partidos se aprovecharon de ella para probar que Napoleón no tenía á su lado la nación, toda vez que sus representantes recientemente elegidos se negaban á prestarle juramento de fidelidad. Napoleón por su parte sintió mucho que sucediera esto. Viendo la obstinación de las potencias coligadas en dirigir sus golpes contra él solo, hubiera querido que las cámaras respondiesen á esta táctica agrupándose estrechamente en torno suyo. Triste ya desde hacía algún tiempo, sobre todo desde que había visto á la fatalidad pronunciar su fallo comenzando por ensañarse con Murat, su tristeza fué mayor al ver que al lado suyo reemplazaba el aislamiento á la fuerte y leal unión que necesitaba, y comprendió más que nunca que á la fortuna de las armas tocaba decidir su porvenir, y á él captarse los corazones que, triste es decirlo, necesitaban el triunfo de un hombre para afiliarse á sus banderas.

El 7 se dirigió al palacio del cuerpo legislativo con mucha menos ostentación de la que desplegó en el Campo de Mayo, y fué calurosamente aplaudido por la cámara de los representantes, cuyas intenciones eran excelentes, aunque carecía de experiencia, y, cosa singular, mejor acogido por ella que por la cámara de los pares. En presencia de las disposiciones extremadamente liberales del público, la cámara de los pares nombrada por el poder, si no confusa, al menos un poco embarazada á causa de su origen, creyó más digno de su posición aplaudir con reserva al que debía su existencia, dejando el cuidado de aplaudirle con entusiasmo á la cámara electiva que tomaba su origen del país.

Sentado en su trono de emperador, con sus hermanos á derecha y á izquierda, el príncipe archicanciller leyó la fórmula del juramento, que era como sigue: *Suro obediencia á las Constituciones del imperio y fidelidad al*